

ORAR DESDE LAS PARABOLAS: APUNTES PARA UN DIALOGO ENTRE AGNOSTICOS, CREYENTES Y POSMODERNOS

JOSE MANUEL CASTRO CABERO

LCDO. EN TEOLOGIA

FEMKE WAARDENBURG

LCDA. EN FILOLOGIA HISPANICA

Por este camino de la oración, el primer paso que nos atrevemos a dar pasa por la duda en nuestras propias seguridades, desde el convencimiento de que, "se ora según lo que se es". A decir de JUAN DE LA CRUZ:

"Porque el verdadero espíritu antes busca lo desabrido en Dios que lo sabroso y más se inclina al padecer que al consuelo, y más a carecer de todo bien por Dios que a poseerle, y a las sequedades y afliciones que a las dulces comunicaciones, sabiendo que esto es seguir a Cristo y negarse a sí mismo, y esotro por ventura buscarse a sí mismo en Dios, lo cual es harto contrario al amor; porque buscarse a sí en Dios es buscar los regalos y recreaciones de Dios, mas buscar a Dios en sí es no solo querer carecer de eso y de esotro por Dios, sino inclinarse a escoger por Cristo todo lo más desabrido, ahora de Dios, ahora del mundo; y esto es amor de Dios" (SUBIDA AL MONTE CARMELO, libro 2, cap. 7, par. 5).

Este primer paso en la “noche oscura” de negarnos a nosotros mismos (Mt. 8, 34-35), este cáliz de morir a la propia naturaleza, esta aniquilación de toda suavidad con Dios, que es sequedad y cruz, es la desnudez necesaria para entrar por la angosta puerta (Mt. 7,14) que da paso a un peregrinaje que lleva hacia el Camino, la Verdad y la Vida (Jn. 14, 6).

Es desde este acontecer como nos situamos en la ACCION que implica el acto de ORAR porque, de todos los modos posibles, la oración es el hecho fundante de toda religión, y que permite descubrir y desactivar toda tentación perversa que parasita a su lado. Esta acción que reconocemos como acto orante se funda en la praxis coloquial o dialógica que hace posible la creación de una comunidad en la que están presentes, Dios, lo-demás y uno mismo. Desde este supuesto nos atrevemos a decir que el acto de la oración es el lugar donde Dios penetra en la realidad del hombre y el hombre se une a toda la creación.

Cuando nos aproximamos al contenido de las parábolas desde un intento de oración nos supone optar por el sentido de la vida que vamos a llamar de “encarnación” y que ha sido la vivencia central y profunda de Jesús de Nazareth.

Pese a la diversidad de imágenes empleadas y en cuanto a la situación precisa y concreta en que fueron dichas, las parábolas que transmiten los Evangelios expresan la misma y única idea, como el todo que forma la síntesis completa del mensaje de un Hombre del cual se puede decir que fue PALABRA:

“Muchas veces y de diversas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros antepasados por medio de los profetas. En estos tiempos, que son los últimos, nos ha hablado a través del Hijo, a quien constituyó heredero de todas las cosas y por quien creó también el mundo” (Hebr. 1,1).

Si tomamos el Evangelio de Marcos observaremos cómo presenta el mensaje construyendo un esquema extraordinariamente gráfico. La Predicación de Jesús, un hombre irrelevante hasta entonces de Nazareth, comienza como un grito o como un golpe que rompe su propio silencio-inactividad (experiencia de éxodo-salida-desierto, Mc. 1, 13; Gn 12, Ex. 3, 18), y como la rebeldía que se sabe impotente frente a la injusticia del asesinato del inocente Juan (“... después que Juan fue preso”, Mc. 1, 14).

Desde esta misma situación cabe recordar que a lo largo de nuestra historia ha habido personas que han optado por entregar su VOZ a quienes ya no les queda ni la VOZ. El mensaje de Jesús queda dicho brevemente:

“Jesús se encaminó a Galilea y predicaba la buena nueva de Dios con estas palabras: se ha cumplido el tiempo y se acerca el Reino de Dios. Convertíos y creed en la buena nueva” (Mc. 1, 14-15).

Y esto es todo. La buena nueva no abusa ni del mensaje ni de las palabras para darse a entender (evitando cualquier manipulación ideológico-impositiva). De una u otra forma, de una u otra manera, con una u otra imagen, las parábolas se convierten en el lenguaje sencillo y creador para quien las recibe. Cuando las tomamos como oración, la dificultad que se nos presenta es como un amplio océano, disperso y diverso aunque siempre lleno de agua. ¿Es posible tener en cuenta todas las imágenes figurativas que nos presentan en un marco común? ¿Tienen algo que decir, sin andar con rebuscamientos, en un contexto tan lejano en el tiempo? ¿Hace falta ser eruditos para entenderlas? ¿Unas parábolas sí y otras no? Creemos que hasta las parábolas “viven” en comunidad y se entienden en comunidad, sin dejar de ser ellas-mismas. Su carácter es trascendental, como así es la oración, por cuanto es más que lo que se oye, es más que lo que se ve, y es más de lo que se dice o cuenta, es decir, convierten en protagonista no al que habla sino al que escucha. La oración no es ni estática o inmóvil, como quien se encierra en su propio mundo y abandona toda acción y por lo tanto se conforma como auto-suficiente, raíz y fundamento de todos los “aburguesamientos”, ni elitista, de la cual quedarán excluidos los “grandes restos” privados tanto de capacidad como de las más elementales posibilidades. En la lógica de las parábolas que al mismo decir es también de la oración, el valor o, mejor dicho, su sentido es el de inversión o contradicción, al contrario que la lógica de “la calle”, que sólo entiende de poder, fuerza, éxito, de ser aceite sobre agua. Si de alguien podemos aprender a orar, la escuela está en aquellos que han comenzado con un grito provocado desde el abrirse los ojos y sentirse entre el clamor vivenciado de los miles de humanos, que desde el siempre de la historia y todavía hoy, sobreviven en los umbrales del sufrimiento y del dolor; y no de aquellos que vivimos con el tiempo, la tierra y la vida a nuestro favor, ensordecidos por el ruido de los “motores” de la fortuna.

La oración, esa mirada activa desde dentro de mí hasta irme de la mano de quienes sufren injusticia, opresión, hambre, el clamor de los pueblos subdesarrollados, de las etnias arrancadas de su tierra, de los emigrantes por fuerza, de los torturados y esclavizados... Este grito es continuación de aquella rebeldía manifestada por Jesús crucificado y finalmente re-sucitado por el Padre. Aquí radica la credibilidad del cristianismo y la razón para afirmar que todo hombre es creyente y orante, aunque se mantenga alejado de cualquier religión.

Nuestro esfuerzo, a la hora de proponer las parábolas como claves de oración, asume el reto de presentar un modelo válido para todas las personas, sin distinción de cultura, religión o creencia, intenciones o prejuicios, enfermos o sanos, ricos o pobres, sabios o necios, mujeres u hombres... en consonancia con la idea del que un día desde un monte (Lc 6, 17-49; Mt 5) tomó la palabra para comenzar a decir “*Bienaventurados...*”, como buena noticia.

I. EL LENGUAJE SIMBOLICO DESDE LA NATURALEZA Y DESDE LA VIDA

Que los humanos tenemos atrofiada la capacidad de diálogo simbólico con la naturaleza y con la vida es un dato evidente y evidenciado desde hace siglos. Entre la lucidez y la ironía, ya GRACIAN lo descubre y lo describe al modo y uso del s. XVII:

“Condición tiene de linda la varia naturaleza, pues quiere ser atendida y celebrada... y si la admiración es hija de la ignorancia, también es madre del gusto. El no admirarse procede del saber en los menos, que en los más del no advertir. No hay mayor alabanza que la admiración... no se repara ya en los superiores empleos por conocidos, y así andamos mendigando niñerías en la novedad para acallar nuestra curiosa solicitud con la extravagancia... lo que ayer fue un pasmo hoy viene a ser desprecio; no porque haya perdido de su perfección, sino de nuestra estimación”. (El Criticón, I parte, crisis 3).

Por enigmático que parezca, la paradoja del hombre (su perversión) es evidente, porque a pesar de disponer de un inmenso saber, se entiende cada vez menos a sí mismo, y se entiende aún menos con el mundo que le rodea. ¿Sobre quién recae la responsabilidad de un progreso científico-técnico sin rostro humano?, ¿quién se responsabiliza de haber permitido que la humanidad presente un diagnóstico actual de “anemia ética”?... Situados en esta cuestión no faltarán voces para acusarnos de afán culpabilizador, pero, ¿caso, puede quedar sola, a sus anchas, la política, la economía, la ciencia la técnica,... el hombre, la humanidad, desde AUSCHWITZ? (Proponemos que estos nombres siempre se escriban con mayúsculas como símbolo siempre inquietante de destrucción humana).

A fuerza de dominarlo todo, el ser humano se ha quedado solo en una soledad MIDICA (recuérdese el mito del rey Midas), no deseada, ni anticipa-

da. Después de AUSCHWITZ, HIROSHIMA, NAGASAKI, BUDAPEST-56, VIETNAM, PRAGA-68, SUDAFRICA-APARTHEID... sólo nos queda, a diferencia de lo que opina T. ADORNO, la poesía, quizá para que el ser humano no se olvide de orar. Sentido para estas razones no faltan. Después de estos últimos y no únicos acontecimientos que “imprimen carácter” en el ser-humano, nos sea obligado ser como llamas o fuego perpetuo, pero orando por aquellos, víctimas y verdudos, trayendo sobre nuestras espaldas tanta indigencia pero a su vez comprometiéndonos en una transformación liberadora de la realidad.

La oración se ofrece como contra-perversión de las tentaciones deshumanizadoras del hombre, siempre dispuestas a hacerse presentes desde el disfraz de “pieles de cordero” (Mt 7, 15). La historia enseña la evidencia de que también la religión ha sido cauce de manipulación al gusto e interés de quienes conciben absolutamente todo bajo su dominio y en su propio beneficio.

¿Con qué medios podemos contar para desocultar los intentos camuflados para la destrucción? Nunca la sociedad estuvo mejor servida de razones para la libertad, la igualdad, la fraternidad, Derechos Humanos, Norte-Sur, Hambre, Paz, Subdesarrollo... para alcanzar las cimas de la insolaridad y la injusticia. Las palabras o las razones que no pasan por el “castillo interior” del AMOR ya tienen su propia consideración.

¡Eso también lo hacían los fariseos!

¡Ay de vosotros escribas y fariseos hipócritas!, porque sois semejantes a sepulcros blanqueados. (Mt 23, 12-36).

¿En qué se fundamenta la diferencia del ser-fariseo con el ser-publicano? (Lc 18, 9-14).

En nada ha cambiado la situación de los campos de concentración, pues el exterminio sigue estando presente, sólo que ahora somos nosotros mismos los guardianes, los torturadores y las víctimas. Es la más terrible de las unidimensionalidades a que ha sido conducido el género humano: ser y estar incomunicado. Es decir alienado, o de otro modo, imposibilitado para ir eligiendo *el que seré* (Ex 3, 13-14). Tales elecciones, que son decisiones en las que actúa la voluntad, acontecen en el ámbito de una soledad creativa (M. ZAMBRANO). Cuando Francisco de Asís encuentra el “tesoro escondido”, en la actitud que nos narra el Evangelio de Mateo (Mt 13, 44-52), no duda en *des-nudarse* y arrojarle a su padre todas aquellas prendas que lo vestían pero a su antojo; fue un *des-nudarse*, quitarse los nudos que lo ataban a una única dimensionalidad, que no era otra que los intereses y decisiones ya tomadas de

su padre. Tal ruptura se da porque Francisco se ha comunicado, fue capaz de juzgarse a sí-mismo, ¿no es ésta la actitud que provoca el regreso en el Hijo Pródigo? (Lc 15, 12 ss.). ¿Cómo liberarnos de nosotros mismos? Estamos-en-el-mundo, que es expansión-creación, en el cual se manifiesta un Dios también Creador, por tanto nos corresponde descubrir esa dimensión y fuerza creadora entre nuestras capacidades para hacer posible la REDENCION: que Dios habite entre nosotros.

El hecho de la capacidad dominadora ha originado en nuestra conciencia la reivindicación por la actitud de Prometeo-venganza, mutando la actitud de CRIATURA. Sentirse criatura en el espacio y destino del mundo, será entrar en el camino del vaciamiento de nuestras propias seguridades y justificaciones (experiencia de Exodo-Desierto) y buscar no a Dios en el espacio, sino más bien si puede hospedarse junto a nosotros; es decir, si el hombre es capaz de vivir en el misterio de Dios (Th. MERTON); misterio ya desvelado por la acción de JESUS de NAZARETH: SER LIBRE a los ojos de Dios no es un delito y por tanto la VIDA no resulta una condena. No sólo Prometeo, también Dionisos y Sísifo son respuestas a una lectura de la vida demasiado trágica para ser soportada; el terror a mirar de frente y reconocer su filialidad divina supone la desesperación a tener que ser alguien, uno-mismo y esto para Prometeo es ser culpable; en cambio la gloria de Dios es la grandeza del hombre (IRENEO).

Dejarse interpelar por la naturaleza y por la vida son lecturas que enseñan a respetar la interioridad o "castillo interior" de aquel que recibe; por cuanto su discurso se aleja de la violencia que establecen la palabrería y la seducción (E. LEVINAS).

La concepción mayéutica (SOCRATES) de ayudar en el alumbramiento de nuevos conocimientos a partir de los ya disponibles no resulta tan original. Cuando accedemos al estadio simbólico de lo que nos rodea, ya sean elementos o personas, los significantes presentan un significado y para llegar a él tenemos que descodificarlo; pero, ¿qué instrumental tenemos y desde dónde nos capacitamos?

Un hombre urbano llega al campo atraído por la publicidad de las agencias de viajes, dirigida especialmente a un amplio sector de hombres de negocios y necesitados de una cura de sosiego y tranquilidad. Todos confían en el mensaje que les ha llegado. Tiempo para la desintoxicación del ritmo de vida, relajación y paz... entre lo bucólico, el neo-romanticismo y lo estético.

El hombre urbano llega al destino elegido, donde nada más dejar sus maletas, sale a devorar con todos sus sentidos lo que el camino le ofrece a uno y otro lado, a lo alto y de frente; completamente envuelto en un ámbito distinto y agradecido. Los campos cultivados y en aquella hora de la tarde todavía ocupados por los hombres y mujeres campesinos. El sentido de una compañía continua no se puede negar, que a su vez permanece callada, a la espera de ser recibida. Un bosque de pinos, el camino que se introduce por entre los árboles e inmediatamente desaparece, el canto insistente de los pájaros... El paseo de cada día se hace distinto al de la ciudad. Aquí los campesinos se extrañan y levantan sus cabezas al verlo pasar. No tarda en darse cuenta... y continúa con su paseo.

Varias tardes o mañanas de tal modo no habrán significado gran cosa para quien cambió los hábitos de la urbe por el modo rural. El cambio sucederá cuando añada a su placer de paseante el gozo de abrirse para dialogar con lo que le rodea y que le envuelve: los campesinos que están regando, los manzanos que prometen su cosecha, las papas ya sin ramas esperando que les abran los surcos, las nubes que amenazan tormenta o el sol que abrasa. Cada uno de estos acompañantes ofrecen distintos diálogos o silencios ya sea para el "urban man" o para el agricultor.

La tormenta podrá presentar síntomas de pedrisco, lo cual será temido por el campesino, por cuanto supondrá la pérdida de de su cosecha y de su trabajo; mientras su semejante sólo tendrá la preocupación de guarecerse, no falto de una curiosidad estética: ver cómo llueven bolas de hielo.

Si el hombre de la ciudad comenta con el campesino sobre la estampa que presenta un magnífico campo de trigo mientras destaca aquellas espigas que apuntan al cielo, lo cual le sorprende, su interlocutor no tendrá más remedio que darle a conocer su ignorancia. Las espigas si tienen granos en abundancia estarán curvadas, mirando a la tierra.

El significado de todas estas imágenes para quien ha crecido en el campo presenta otra dimensión. Son tantas las personas que sin tener mayor acceso a la cultura y al saber han descodificado una buena parte de sabiduría ínsita al mundo, que su valor no ha sido otro que la aplicación a su propia vivencia.

Si apostamos por el futuro no se supone la dinamitación del pasado. Cuando esto ocurre, como así ha sucedido, es tiempo para abrir los sentidos y esforzarse en descubrir las segundas intenciones.

Cuando oímos que se da un regreso, otros dicen rumor de lo religioso, pensamos que las raíces lo son por necesidad y que las nuestras no han dejado de existir aunque nos hayan trasplantado a un campo de asfalto y hormigón, de lo contrario ya nos hubiéramos quedado secos.

Lo que no ha podido suceder es que no disfrutamos de la capacidad de ver-contemplar las cosas, porque el ámbito urbano no lo pro-voca, pero que tanto en el campo como en la ciudad, más complejo o menos, esa cualidad-capacidad, una vez descubierta, se vuelve operativa. Cuando una persona se retira a un monasterio no es válido que lo asuma como abandono del mundo; al contrario, lo entiende como hacerse aún más presente hasta ser capaz de PONERLE NOMBRE a la realidad y acontecer del mundo. ¿Qué otra cosa no concluyó FRANCISCO de ASIS cuando oraba poniéndole el nombre de HERMANO al lobo, y al agua, y a la luna, y al sol, y al viento, y al fuego,...?

Así son las parábolas de la criatura, de la naturaleza y de la vida, un libro sin distinción para las manos y los sentidos de todos los hombres; para unos será hierofánico (donde se muestra lo sagrado), para otros nada más que una piedra, el agua, el viento, el lobo...

En la búsqueda de una actitud que diga algo sobre el sentido de la oración al hombre actual, las parábolas ofrecen un fecundo lugar de reflexión desde la actitud que venimos reclamando: nadie puede servir a dos señores...; observad las aves del cielo, los lirios y sus vestidos... (Mt 6, 24-34; Lc 12, 22-34). Las diferentes relaciones con los elementos o fenómenos constituyen las dos formas de estar en el mundo, con los hombres, a lo largo de la historia; por un lado, la experiencia de lo sagrado; por otro, lo profano. Para el hombre ya posmoderno, ¿en qué se han convertido la casa, la ciudad, el trabajo?; la sexualidad, la alimentación, por ejemplo, no son más que actos fisiológico-biológicos, de los cuales es impensable crear un "sacramento de comunión".

II. LA PARADOJA DE LA ENCARNACION

Necesitamos creer en el Dios tan débil (el amigo inoportuno, Lc 11, 5-8; o el padre que da pan y no piedras, Mt 7, 6) que necesita hacerse carne. Desde este presupuesto no hablamos del Dios de los filósofos, ni por consiguiente se-

rá válida la denuncia que acuse o identifique al mundo de Dios absolutamente distinto y ajeno al mundo del hombre. Si el Dios de Jesús de Nazareth se identifica con el hombre hasta entrañarse en los límites de lo finito, dolor y muerte, quien lo acepte para su vida como opción fundamental, no podrá huir del compromiso de encarnación con el mismo mundo que es coincidencia y morada común para lo humano, la naturaleza y lo divino.

Este ámbito comunitario y por tanto relacional es condición necesaria para que se dé la paradoja de la encarnación:

“Si el grano de trigo, caído en la tierra, no muere, queda solo, pero si muere, produce mucho fruto. Quien ama su vida la pierde...” (Jn 12, 24-25).

En el proceso vivencial de Jesús, la encarnación, además de ser una constante, depende del hacerse carne de los demás. Depende de MARIA, su madre, que opta por encarnar y dejar que en ella se entrañe el Reino. De sus discípulos del momento, de quienes espera que se encarne el mensaje transmitido y hasta que esto no suceda no entenderán nada de lo que ocurre a su alrededor. Y hoy, en el aquí y ahora, como siempre, es necesaria la responsabilidad de nuestra propia encarnación, desde el convencimiento del morir para volver a nacer; porque, ¿cómo es posible llegar a la resurrección sin antes no pasar por la cruz? No nosotros, porque ya uno fue el martirizado, sino como aquellos que pasaron por el instante de la vaciedad, del “no lo conocemos” (Mt 26, 72), “hemos fracasado”, “aquí acabó todo” (Hech 1, 10-11). El sinsabor de la noche oscura, aun con la esperanza de no ser eterna y solamente como paso (salida-desierto) para llegar a la luz, hay que atravesarlo. Esta encarnación es universal por cuanto todo ser humano, a diferencia del resto de la naturaleza, tiene que optar por su legítimo nacimiento: traer al mundo su persona. Un nuevo corte del cordón umbilical, que como ya mencionábamos en el capítulo anterior, implica el desanudarse de la in-comunicación que impide aflorar el proyecto de lo que yo seré.

En la posmodernidad y ya mucho antes, la paradoja de la encarnación no es otra cosa que la debilidad frente al ídolo de la eficacia, de la producción y del éxito. De ahí que el único valor vigente, y al cual no se le aplica ningún tipo de duda, está en aquello que sea capaz de ofrecer un resultado (LYOTARD). Y esto obliga a cuestionar hasta la propia utilidad del pensamiento. Nos ha acostumbrado la historia a valorar tanto las batallas y obras de los triunfadores, que, al fin, nunca sabemos nada de los más débiles. Y no puede ser de otro modo; su espacio, que es su existencia, queda usurpado.

En la lógica de Dios, que es de encarnación, siempre sucede el protagonismo del débil, desde el Hijo Pródigo que vuelve más vacío que nunca (sin calzado) (Lc 15, 11-32); los trabajadores de última hora, enviados a la viña y que el amo les paga por igual porque, si se encarna en sus vidas, no podrá permanecer ajeno a que pasen un día más sin comer (Mt 20, 1-16); el publicano que ora arrodillado, frente al fariseo que se vanagloria de sus éxitos (Lc 18, 9-14); o el Buen Samaritano (Lc 10, 25-37).

Aceptar este acontecer de la encarnación supone hacerse semejante con todas las consecuencias. Este grupo de parábolas, que es de actitudes, cuestiona nuestra sensibilidad ética y la fundamentación que de ella hacemos. ¿Basta con hablar sólo de ética?, o ¿se entiende todo con invocar la responsabilidad?, ¿somos libres para ser solidarios?, ¿cómo se puede servir a dos señores? Esta lógica, que decimos de encarnación, el propio sujeto humano la arrastra hacia su condición de ambivalencia: perder y ganar; éxito o fracaso; angustia o felicidad; vida o muerte; ser o tener. Desde este planteamiento, no ya el proyecto de encarnación, sino Dios mismo, el Dios que conocemos por JESUS de NAZARETH, es molesto. Es así como concluimos en uno de nuestros objetivos: estamos de lleno en la experiencia de la FE.

El grito de, ¡CONVERTIOS!, tanto del BAUTISTA como de JESUS, viene a ser, ¡ENCARNAOS!, que desde la perspectiva de los profetas es aún más claro: ¡haced que vuestro corazón sea de carne! (Ez 18, 31-32; Jr 4,4).

La encarnación es radicalidad y sobre todo radicalizar la humanidad; o si no, ¿qué otra cosa es lo que hace el BUEN SAMARITANO?, o ¿el amo de la viña que paga por igual a sus trabajadores? Este exceso de humanidad es propio de Dios, porque Dios es *amor* (Jn 13, 1).

Cuando volvemos la mirada a la otra dimensión, a la más cercana a nosotros mismos, nos damos cuenta y sufrimos las necesidades del hombre moderno. Si perdemos la *utilidad* no nos dejan ni siquiera un lugar. Basta echar una mirada al número de *suicidios* en las sociedades más desarrolladas y no perder de vista con qué edades se corresponden: *adolescentes* y *jubilados*.

Desde que el hombre ha decidido ocupar el sitio de Dios, reivindicando la actitud de Prometeo, se ha mostrado como el más cruel e injusto de los dioses falsos (TH. MERTON). Toda su ocupación se ahoga en la necesidad de sus ocupaciones, frontera insalvable para discernir lúcidamente lo útil de lo inútil. Así es la embriaguez del culto dionisiaco: no se puede estar solos, ni siquiera con nosotros mismos, porque no sabemos, ni tampoco es necesario o útil. (Mt 13, 18-23).

Encarnarse, como vaciamiento de uno-a-sí-mismo, no es el resultado de concluir que somos un montón de escombros, de pecado; sino porque es exigencia del amor, como experiencia de interioridad-exterioridad, de amar y sentirse amado. De otro modo, en nada nos podría interesar (por no ser útil) el bien-estar del otro y el bien común. Quien *ama, conoce* y quien *conoce celebra*, porque *conocer* es dar *valor*.

III. EL REINO O LA TRANSFORMACION CREADORA DESDE EL AMOR

De toda la crítica que se le ha hecho al cristianismo, muy poca ha tenido como referencia un conocimiento crítico, valga la redundancia, del acontecimiento cristiano; en cambio, la mayor parte se ha prendado de lo aparente, que no es otra cosa que negarse a profundizar más allá de la motivación fundamental en las actitudes de las personas que se declaran cristianas. Pensamos que al mar lo conoce el pescador, o el marinero; no los que paseamos tangencialmente por su orilla; y que la fiesta se vive cuando se participa en su transcurso.

Aún más, si añadimos a la carencia de los conocimientos esenciales la abundancia de prejuicios e intenciones, un buen número de críticas no encontrarían en el cristianismo a su interlocutor más apropiado.

Juzgar la validez o no de este modo, sería tan insensato como afirmar que todos los calvos son gordos porque así es mi vecino. A esto se le puede añadir el acompañamiento de los prejuicios personales que sobre la obesidad o la calvicie se mantengan interiorizados.

Para concluir esta aproximación, que no pretendemos presentar como instrumental de desmontaje de críticas, baste el apunte de la sabiduría popular: lo del cristal con que se mira, la condición del ladrón y cómo cuenta la fiesta cada cual.

Dede el tema que pretendemos elaborar, muy poca relación tendría que ver lo dicho hasta el momento, si no fuera porque el texto que encabeza este apartado resume, a nuestro modo de ver, el núcleo fundante del ser cristiano. Salvando las distancias, diríamos que nos encontramos en la praxis de una *lucha de clases radical*, tal como quedó manifestado en la acción que llevó adelante Jesús de Nazareth y que nos ha llegado por medio de los relatos evangélicos. Las primeras comunidades no lo entienden de otro modo en la práctica de su vida habitual (Hech 2, 42-47).

Se olvida frecuentemente que las decisiones desde la propia dimensión cristiana son siempre decisiones tomadas en un contexto de la realidad que radicaliza una vinculación de clases, la de aquellos que forman el "RESTO del PUEBLO de DIOS". ¿Se podrá defender la idea de que el amor al prójimo impide esa toma de postura desde la realidad contextual? El amor, desde el ámbito trazado por la persona de Jesús de Nazareth, no se entiende como mera ensoñación abstracta. Eso pudo ser antes; ahora el amor es proyecto transformador. De aquí, que la crítica, desde dentro de la comunidad, deba atender siempre a la denuncia de toda realización desencarnada con ese proyecto.

Volviendo a nuestro apunte sobre la lucha de clases, no resultará exagerado afirmar que el amor al prójimo, entendiendo por prójimo hasta el enemigo, asume las condiciones en las que viven las personas concretas y la acción que se toma por ellas. La curación en sábado de un imposibilitado (Mc 3, 1-6) es buena muestra de ello.

El encabezamiento de este capítulo viene a ser la conclusión del planteamiento que hemos querido y deseado desarrollar desde el principio:

Es posible que el hombre concluya en ser agente del amor y del Reino cuando ha pasado por el estadio de lo simbólico y asume el sentido paradójico de la encarnación.

Quizá sea lo mismo que decir, al menos así lo entendemos desde aquí, el cambio del corazón petrificado por uno más *cordial*.

No hay presupuestos necesarios o excluyentes para opinar que esto, y sólo así, es el único trayecto para quien desea acceder al destino del cual hablamos. No supone más que una orientación, ni la única, ni la mejor y más efectiva; también el ESPIRITU posee otras "lenguas" que pueden "caer" para penetrar las sombras que impiden ver lo más inmediato.

Teorizar acerca del amor es una labor grata y fecunda, como tantas otras cuestiones; ya el paso hacia los campos de la encarnación puede resultar, decididamente, limitable.

Cuando ese paso acontece sin ambigüedades, la actividad creativa y fecunda de la idea produce la seguridad activa de la vida: la comunión, la solidaridad, la participación, la donación... Así se encuentra el amor como participación en el sentido trinitario (Th. MERTON):

- a.— *El AMOR no es una abstracción.*
- b.— *En el AMOR no hay señores y esclavos, vencidos y vencedores.*

c.— *El AMOR es comunidad y comunicación total con todo lo creado.*

Cuando el hombre permanece OYENTE-para-el-AMOR, recobra el sentido de fuerza mesiánica; a consecuencia de lo cual, caerá en la sospecha de traición por quienes se consideran privilegiados y “legítimamente” instalados (J.B. METZ). No nos hallamos así muy distanciados, si pensamos en los cargos que motivaron la crucifixión de Jesús y del “misterio” de personas que han optado por el mismo convencimiento: a anunciar la Buena Nueva a los pobres (Lc 4, 18); a que se haga tú voluntad (Mc 14, 36) a elevar a los humillados (Lc 1, 52-53).

El vacío, que es el silencio de las palabras, se muestra elocuente ante cualquier intento que aspire a desentrañar el misterio del amor; afirmar para pretender lo contrario, no pasaría de una falsa sensación o de no haber comprendido nada de lo que a lo largo de estas páginas se ha querido decir.

Cuando el hombre se confiesa creyente, pensamos que ha comenzado a creer que el misterio del amor es posible realizarlo en todas sus consecuencias y anti-lógicas, porque ha pasado a considerarse instrumento del amor, como el propio Jesús de Nazareth, *Parábola* primera y sacramental de Dios. Creer en el amor es romper sus límites, proyectados como muros que el hombre ha edificado a la gloria y honor de su propia vergüenza.

Con Jesús, que obró en parábolas, dio comienzo el “ya y todavía no” de un Reino que necesita para su creación de la fuerza del AMOR.

CONCLUSION

Creer en la magia de las palabras es el oficio y arte del juglar, también del trovador moderno quien ha descubierto que, más allá del juego, está la utilidad de los negocios, de lo político, de la manipulación, de tomar el poder de la palabra y como tal negarse a escuchar.

El arte de orar no tiene cabida en el *humus* del recinto mágico y de la comunicación, como si Dios fuese el “otro” que tenemos que comprar o vender en las condiciones del mercado. Dios, el Dios a quien oraba Jesús, es AMOR; ya sabemos que el amor cuando se instrumentaliza da paso a la *prostitución*, dominio-compra-venta. Por eso el amor es misterio fundamental: tan débil y tan fuerte, tan sencillo y tan insondable (Jn 13, 1; 1 Jn 4, 8).

Lo que las parábolas pro-vocaron tanto a los oyentes de hace dos mil años, como lo que pro-voquen a los que no hayan perdido la facultad de ser oyentes, no es algo o alguien enigmático con regustos esotéricos y fórmulas del arcano; quien las escucha se ve obligado a tomar partido en la vida (la lucha de clase): entrar o no en la dinámica de encarnación total, que hará posible la transformación creadora del Reino. Para ser VOZ de los que ya no la poseen hay que extender la mirada mucho más allá de donde alcanzan los ojos.

Las originalidad de la oración cristiana no es renunciar a la actividad para dominar desde la pasividad; misteriosamente el orante no se encierra amurallada e inexpugnablemente como los castillos medievales, sino que abre su disponibilidad, ya que ve lo que otros no ven, desde la fuerza y convencimiento del amor a todo lo que sea de justicia (PROFETA): descubrir y comunicar los signos de destrucción en el propio hombre.

Hablar de Dios no es ya alienante, porque no se entiende si no es al lado del hombre.

Así acontece la creación nueva y el nuevo ser:

“a imagen del Creador, donde no hay griego y judío; circuncisión e incircuncisión; bárbaro, escita, esclavo, libre; sino Cristo, que es todo y en todos”. (Col 3, 9-11).

Orar, desde las parábolas, supone comprender la incomprendibilidad de Dios, que pasa por la duda en mis propias seguridades; porque buscarse a sí mismo en Dios es lo contrario del amor (JUAN de la CRUZ), mas buscar a Dios en sí, supone “hacer su voluntad”. (Mt 14, 36).

**José Manuel Castro Cabero
y Femke Waardenburg**